

Un rato de charla

con

Mauricio
Chevalier

1

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, n.º 10 bis
BARCELONA



Antes de la intervíu

París había dispensado un gran recibimiento al héroe del cine parlante.

Nosotros habíamos visto a Mauricio, acompañado de su esposa, mecido por las olas de aquel mar humano. De todas partes salían manos que le apretujaban y voces que le vitoreaban. Era un problema para el gran artista mantener sobre su cabeza el sombrero en una posición normal. Aquel sombrero parecía dotado de vida propia, y lo mismo caía hacia la coronilla, que se corría sobre la frente, que se inclinaba a un lado tapándole un ojo o una oreja.

Su mujercita pugnaba también por defender la integridad del ramo de flores con que la habían obsequiado y Chevalier había de sujetarla por la cintura para que no se le perdiera entre la multitud.

Estamos seguros de que jamás el éxito había sometido al popular artista a una prueba tan difícil. Sin embargo, Mauricio, el gran simpático, no cesaba de reír.

Estábamos un poco perplejos. Si Napoleón hubiera vivido todavía y regresara a Francia después de una larga ausencia, no le habrían dispensado los parisienses un recibimiento más caluroso.

Como arrojado a la costa por la furia de aquel proceloso mar, vino a nuestros brazos un querido colega, un muchacho simpático e inteligente a cuyas campañas debe mucho el cinematógrafo.

—Perdone si le he confundido con un campo de aterrizaje—nos dijo alegremente.

—Pero ¿ha visto usted qué locura?

—Era de esperar.

—¿Usted cree?

—¿Cómo que si creo? Lo que me extraña es que no haya ido a recibirle el Presidente de la República.

—¡Hombre!...

—¿Qué?

—Que precisamente me estaba yo diciendo que me parecía el homenaje un poco exagerado.

—¿Por qué?

—Porque ¿qué guardarán entonces para el día en que quieran demostrar su admiración a Poincaré? Bien es verdad que el cinematógrafo es más popular que la política.

—No sea usted cursi. Chevalier es uno de los hijos más ilustres de Francia y este delirio de los franceses por él está más que justificado.



El boxeo es una cosa muy seria, pero Chevalier demuestra lo contrario.

A todo esto, el torrente había ido pasando y nos encontramos solos en medio de la calle.

—Después de la batalla, necesitamos descanso —dijo mi amigo—. Vamos a sentarnos en la terraza de un café.

Y allí, ante el velador de mármol, nuestro amigo reanudó la charla.

—Usted no tiene idea del valor que representa ese hombre desde que se ha dedicado al cine. No se trata de un artista más. Se trata del iniciador de un arte nuevo. El cine había encontrado el sonido y la palabra, pero no acertaba a hacer con ello nada que fuera digno de las películas mudas que conocíamos. Un director vió trabajar a Chevalier y creyó haber solucionado el problema. No podía estar muy seguro porque la cámara y el micrófono tienen secretos desconcertantes. Una mujer bella resulta a veces una pálida vulgaridad en la pantalla, y una cara del montón se convierte en original beldad al pasar por el celuloide. Del mismo modo, el micrófono convierte voces argentinas en alaridos estremecedores o en ronquidos aterradores, mientras envuelve con áureos matices voces gatunas o perrunas. Pero Chevalier, artista por los cuatro costados, venció los obstáculos deformadores de la cámara y del micrófono y demostró al cine sonoro lo mucho que podía hacer con la adquisición del sonido. El ha abierto los horizontes de las grandes posibilidades del cine hablado. ¿Le parece a usted poco? Vamos a prescindir del valor artístico del cine. Atengámonos tan sólo al hecho de que es el espectáculo que con mayor número de partidarios cuenta en todo

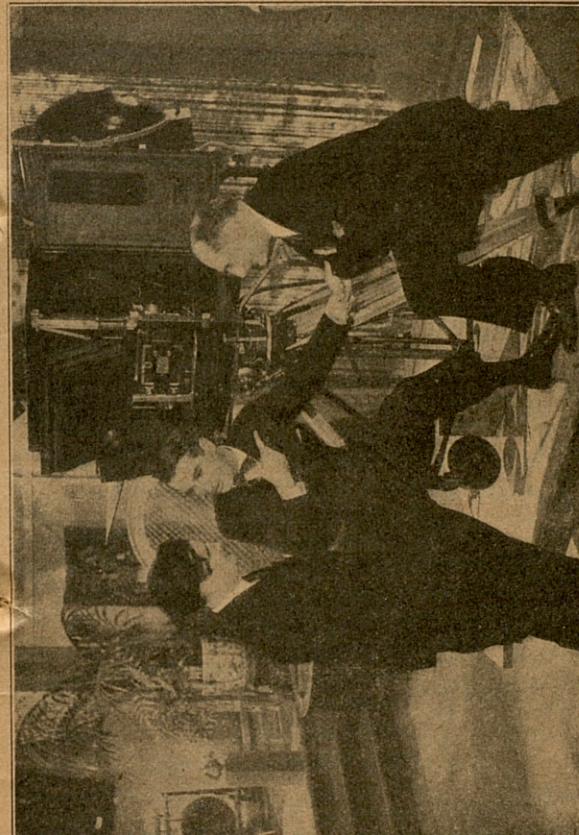
el mundo. Millones de personas de todos los países hallaron un nuevo medio de deleite y diversión—el del buen cine sonoro—al aparecer Mauricio en su “Canción de París”. ¿No cree usted que eso es merecedor del homenaje que se le ha tributado? ¿No es eso lo menos que pueden hacer quienes deben a Chevalier tantas horas de deleite como películas suyas se han impresionado y como obras se han filmado sobre ese canon que “El desfile del amor” representa? No es asunto para ser llevado a la Sociedad de las Naciones, pero, ¿qué quiere usted que le diga?, como obra pacificadora prefiero la de Chevalier a la de Briand. A veces, amigo mío, una taza de café vale más que todas las filosofías para llevar la paz al alma.

—Tiene usted razón ¡qué caramba!

—Claro que algún intelectual mirará con desdén esa pasión que es capaz de despertar un artista de cine. Valentino fué adorado por millares de mujeres de todas las latitudes. Chevalier, a pesar de que está bien guardado por su diminuta y bella mujercita, está haciendo soñar a las muchachas de todo el mundo. En cambio, ese intelectual que protesta no ha tenido una sola admiradora en su vida. Es muy natural.

—Explíquese.

Chevalier tiene una risa franca y contagiosa y pasa por la vida alegremente; ese sabio escritor produce la risa arañando con la pluma que usa a modo de punzón con finura admirable, pero un poco cruenta, y vive obscuramente obsesionado por su empeño de arrancar los secretos a las cosas. Un



—¿Usted no sabe cómo funciona ese chisme? Es sumamente fácil: te colocas ante la cámara, haces cuatro “tonterías” y te sueltan una fortuna.

misterioso instinto debe de advertir a las muchachas que van al cine lo desagradable que debe de ser vivir al lado de un hombre que tiene que escribir durante ocho horas diarias. Ocho horas de no respirar siquiera, de tener embotellados a los niños en el último rincón de la casa. Claro que hay mujeres santas y esas son las que nos quieren y nos soportan. Y digo *nos* porque también yo escribo durante ocho horas diarias.

—Dolorosa verdad.

—De modo, compañero, que aprenda usted a no hacer comparaciones disparatadas y a admirar todo lo que merezca admirarse.

Una buena idea

Convencido del interés que tenía para el público la figura de Chevalier, concebimos el propósito de visitarlo y requerimos la ayuda de nuestro amigo.

—Es una idea excelente—declaró—, pero ha hecho usted bien en avisarme, pues así podré contarle algunas cosas que Mauricio no querrá contarle. En su biografía hay hechos interesantísimos que, aunque son del dominio público, a él no le gusta que se revuelvan y que usted, como buen reportero, no debe pasar por alto.

—Un momento. ¿Sabe Mauricio boxear?

—Sin duda.

—Entonces no me cuente nada.

—Pero no creo que haya tomado en serio el pugilismo. Mauricio tiene un corazón muy noble y es incapaz de hacer daño a nadie.

—Cuento usted. ¡A Roma por todo!

—Pues era un mozalbete que andaba por París preguntándose qué haría él para asegurar su porvenir, cuando le vino a la cabeza un nombre: “Mistinguett”. Ya sabe usted la fama mundial que esa mujer ha tenido por su arte y por sus piernas que se consideraron durante mucho tiempo como las

más perfectas de este frívolo globo en cuya corteza habitamos. No sé cómo se las arreglaría el audaz jovenzuelo. El caso es que un día la Mistinguett no salió a escena sola, sino acompañada de Mauricio Chevalier, que así se llamaba nuestro adolescente. En un principio fué el muchacho una figura meramente decorativa, como esas esposas de los prestidigitadores que salen a escena a lucir la mayor cantidad de cuerpo posible y a preparar las cartas, el saquito con el huevo, el sombrero con las palomas, etcétera, etcétera. Chevalier, naturalmente, no lucía las pantorrillas, pues las pantorrillas de los hombres no interesan a nadie más que a los fabricantes de ligas, pero era bastante útil a Mistinguett en los momentos en que, por ejemplo, necesitaba levantar una pierna más de lo que permite el equilibrio del cuerpo. Sin embargo, pronto comenzó la artista a darse cuenta de que aquel muchacho era una especie de encarnación de la simpatía y decidió explotar en provecho de ambos aquella preciosa cualidad. Poco a poco, el simple comparsa fué convirtiéndose en compañero de la protagonista y el público se mostraba muy satisfecho de aquel ascenso de categoría, sobre todo las damas, que son las más capacitadas para comprender los atractivos de un artista del sexo contrario. Pero algún secreto tenía Mistinguett para haber dado tan fácilmente la gloria a un jovencito anónimo, y ese secreto dejó de serlo desde el instante en que la artista comenzó a entrevé la posibilidad de que le arrebataran a Mauricio. Corramos un velo, que es lo que se hace siempre que el amor, mejor dicho, los amantes, se lían



Concurso de chistes entre Douglas Fairbanks y Chevalier. Las esposas forman el Jurado que lo perdona todo.

la manta a la cabeza. Fué sin duda un hermoso idilio. El joven Mauricio había hecho su suerte: fortuna, gloria y una mujer mundialmente admirada. ¿Qué más se puede pedir? Por otra parte, Chevalier no dejaba de progresar como artista y se daba el caso extraordinario—todo lo puede el amor—de que su compañera en vez de sentir celos, se dejaba obscurecer con gusto para que él brillara. Y pasó el tiempo. Ya era tan popular él como ella. El público iba prefiriendo la novedad del joven artista a las fastuosidades y coqueterías repetidas con ligeras variantes de la estrella de la canción que ya iba encontrando imposible el medio de disimular que había dejado de ser joven. Una noche, en un teatro, Chevalier hizo amistad con una compañera joven y linda. La juventud atrajo a la juventud. Se amaron y él se separó de la Mistinguett para formar un número con la preciosa mujercita de quien se había enamorado. Ella fué su *partenaire* desde entonces y pronto ascendió a la categoría de esposa. Han estado trabajando juntos hasta que el cine sonoro ha llamado al “as” a Norteamérica. Y eso es todo, amigo mío.

—¡Caramba! Eso no lo cuento yo.

—¿Por qué?

—Porque a su mujercita no le sentará nada bien.

—Su mujercita, como usted vió, es demasiado bella y simpática para temer a las competencias. Y si bien es verdad que está pirradita por su marido, no hace más que corresponderle.

—Siendo así, muchas gracias. Ya tengo hecha la mitad de la intervíu.

En casa de Chevalier

La casa del astro está un poco alejada del bullicio de la metrópoli parisense. Es una *villa* de exterior alegre y sencillo, sin deslumbradoras fastuosidades. A su alrededor hay colores de plantas y de flores. Más que la vivienda de un artista de fama mundial, parece la casita de campo adquirida por un probo empleado de ministerio con el fruto de sus ahorros.

Una fámula nos pregunta qué deseamos.

—Hablar con el señor Chevalier. Me tiene concedida esta entrevista y citado a esta hora. He aquí mi tarjeta.

La fámula nos hace pasar al recibimiento.

Se ve desde él todo un lado de un salón contiguo y por la puerta del salón llega a nosotros una música cadenciosa y doliente, como nocturno de Chopín.

Oímos que se interrumpe un instante el pianista y otra vez brotan del piano las notas lastimeras.

Aparece la fámula.

—Pase usted.

Nos quedamos un momento estupefactos. “¿Pero

es él el que toca?"—nos preguntamos—. Pues sí que hemos llegado con oportunidad. ¡Vaya un estado de ánimo en que se encuentra hoy para contar cosas! Será una interviú más triste que un funeral"

Pero entramos en el salón y entonces nuestro asombro es mucho mayor todavía.

Es Chevalier el que toca el piano, el que pasa el rosario de las dolientes notas. Es Chevalier el pianista sentimental, pero... ¡sonríe!

Debimos suponerlo. Así como la cara de Buster Keaton es inconcebible sin su seriedad, la de Mauricio no se comprende sin su sonrisa.

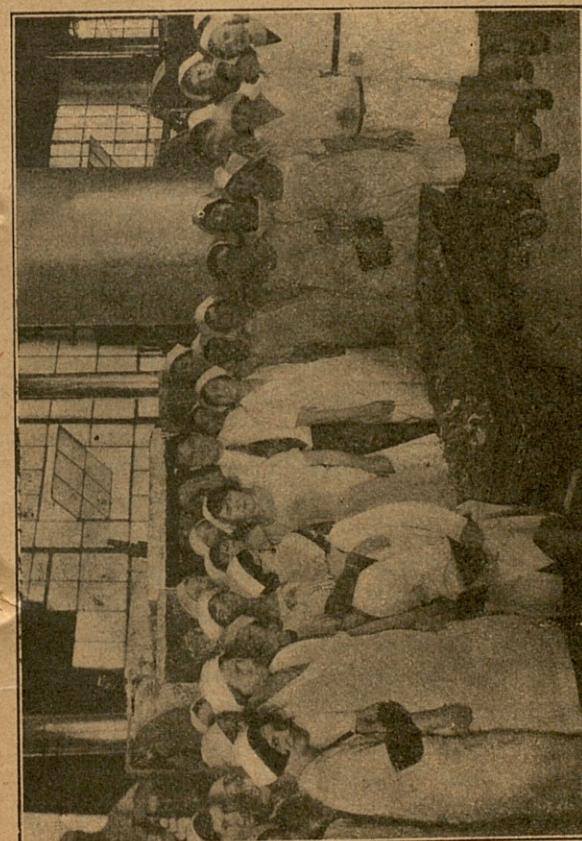
Se levanta. Nos tiende la mano amablemente.

—Usted dirá—nos suelta de buenas a primeras, como si tuviera ganas de acabar pronto.

Pero no; esto es una falsa apreciación nuestra, pues en seguida nos ofrece asiento y un cigarrillo.

—Ya sabe usted a lo que vengo, señor Chevalier—decimos en el idioma de Anatole France lo mejor que Dios nos da a entender.

—Sí, creo que usted viene a hacerme una interviú y le voy a dar facilidades. Tiene poco interés mi pasado. Soy de familia humilde. Trabajé en varios oficios antes de probar fortuna en los escenarios. Tomé parte en la Guerra Europea y, al regresar, tuve suerte. Hice una rápida carrera. Me enamoré, me casé. Vivía feliz con mi esposa y mi madre, cuando vinieron a hacerme proposiciones para trabajar en películas habladas. Las proposiciones eran buenas. Acepté. He hecho tres películas. Ahora estoy aquí, descansando. ¿Qué le parece? Hemos batido el record de la rapidez en las interviús.



Las chicleteras norteamericanas en torno a Chevalier. ¡Hay que ver cómo se pega el "chicle"!

Comprendemos. El gran Mauricio se hace la ilusión de que se nos ha quitado de encima. Pero tenemos un palmo de lápiz y cincuenta hojas del cuaderno de notas vacías.

—Realmente, es admirable su facilidad para resumir. Pero, dígame, ¿qué le gusta más: París o Hollywood?

—París es lo que yo más quiero en el mundo —responde sonriendo de nuestra ingenuidad—. Pero Hollywood es también encantador.

—¿Ha dejado usted allí muchos amigos?

—Muchos. Todos me recibieron cordialmente. Douglas y Mary son dos grandes amigos nuestros. Y digo nuestros porque, como usted tal vez sepa, no estaba solo en Hollywood sino acompañado de mi esposa.

—En fin, que se ha divertido usted mucho.

—Ciertamente, pero no vaya usted a creer que nos pasábamos el día en constante recreo. En Hollywood se trabaja. Hay que madrugar para llegar puntualmente al estudio. El arte de la pantalla está renido con la bohemia. Los escenarios de los estudios han de dar un rendimiento determinado. Algunos funcionan noche y día. Media hora de paralización representa una pérdida considerable. Hay que pagar sueldos lo mismo si se empieza a trabajar a las ocho que a las ocho y media. Por eso en los contratos figura una cláusula que se refiere a la puntualidad.

—¿De modo que si Greta Garbo se retrasa...?

—Greta Garbo no se retrasa.

—Citemos entonces otra estrella que pueda retrasarse.

—Se avergonzará de ver que una compañía entera y todo el personal técnico y todo el tinglado, en fin, que requiere la impresión de una película ha estado paralizado por su culpa. Yo, por mi parte, puedo decirle que he tenido buen cuidado en no retrasarme nunca. En Hollywood se trabaja intensamente. Durante la impresión de la película el artista ha de dedicar todo su tiempo al trabajo. Despues vienen unas semanas de descanso y esa tregua es la que nosotros dedicábamos al esparcimiento.

—¿Ha trabajado alguna vez su esposa ante la cámara?

—No.

—¿Porque no ha tenido ocasión o porque no le gusta?

—No sé; pregúnteselo a ella.

Vuelve la cabeza en dirección a una puerta que hay a sus espaldas y da una voz.

—¡Ivonne!

En seguida comparece madame Chevalier.

—Este señor pregunta si te gustaría trabajar en el cine.

Hace un gesto de indiferencia.

—¿Para qué? Ya trabaja Mauricio por los dos.

Nos hemos puesto en pie para saludar a la esposa del astro. Ella nos tiende la mano con un gesto lleno de franqueza. Estamos un poco sorprendidos. Nos cuesta creer que estamos ante una mu-

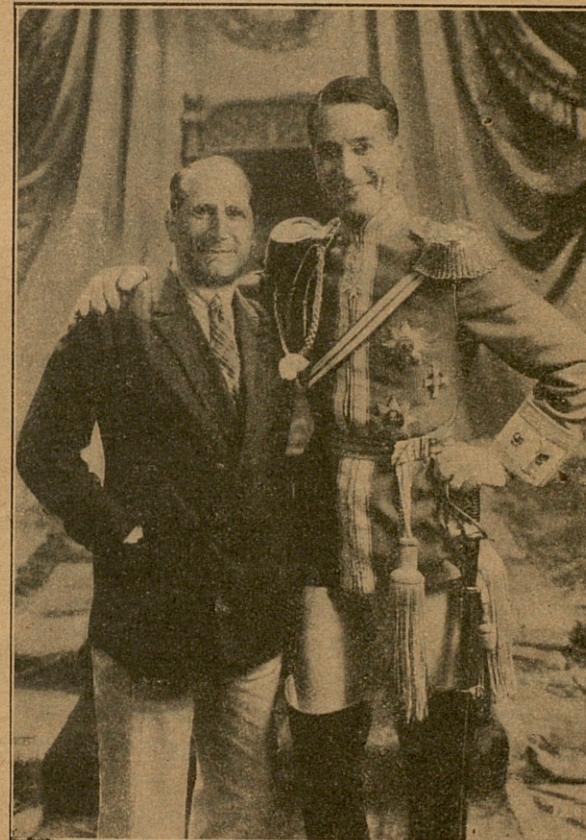
jer que lleva varios años de matrimonio. Su aspecto es el de una muchachita soltera, uno de esos lindos bibelots de tipo parisiense que dan las normas de la elegancia a las damas de todo el mundo, una jovencita que tiene sus primeros sueños de mujer.

—Decía su esposo, señora, que Douglas y Mary son muy amigos de ustedes.

—Ciento. Hemos parado juntos ratos inolvidables. Mary es encantadora, muy inteligente. Fairbanks tiene el secreto de la simpatía y de la amabilidad.

—Creí que los celos sembrarían la discordia entre los artistas de Hollywood.

—De todo hay. Pero existen allí amistades ejemplares. El pequeño Coogan y Charles Rogers; Bebé Daniels y Betty Compson...



Ernst Lubitsch y Maurice Chevalier: el genio y la figura.

El canon de la opereta cinematográfica

—¿Está usted satisfecho de la acogida que tuvo “El desfile del amor” en Norteamérica?

—Satisfechísimo. Se estrenó en el teatro Criterion, de Nueva York, y tuvo un éxito completo. Al día siguiente toda la Prensa coincidía en que era la mejor película sonora realizada hasta el día y el canon de la opereta cinematográfica. Se estuvo proyectando a teatro abarrotado hasta que por ineludibles compromisos con otros empresarios fué preciso quitarla del cartel. Se calcula que habría podido mantenerse años enteros en el programa.

—¿Qué opinión tiene usted de Jeannette Mac Donald?

—Inmejorable. Interpretó maravillosamente su papel de reina. A raíz del estreno de “El desfile del amor” se convirtió automáticamente en estrella de primera magnitud. ¡Tiene una voz tan magnífica!...

—Aparte usted, ¿qué otros elementos cree que

contribuyeron al gran éxito de “El desfile del amor”?

—El magnífico trabajo y la belleza de la traviesa Lilian Roth. La gracia de Lupino Lane. La excelente interpretación que los demás artistas, sin excepción ninguna, dieron a sus papeles. El acierto del personal técnico. Pero, sobre todo, el éxito se debe a una persona: Ernst Lubitsch.

El creador de maravillas

No necesitamos hacer preguntas. Pronunciado este nombre, Chevalier habla y habla, dando la impresión de que no han de agotarse nunca sus reservas de admiración y entusiasmo.

La biografía de este genio del cinematógrafo pasa rápida por los labios del popular *chansonnier*. Es un magnífico ejemplo de vocación y voluntad.

Nacido en Berlín, a los seis años sintió la atracción de la escena y así se lo comunicó a su padre; pero éste, hombre práctico y sin la menor cultura artística, le replicó que lo primero que había que hacer era aprender a leer y a escribir: "Después —añadió sin duda para animarle— ya tendrás tiempo de elegir tu camino."

Ernest era un niño comprensivo. Tenía razón su padre. Un hombre que no sabía leer, escribir y lo demás que se enseña en los colegios, no podía abordar en la vida ninguna empresa.

Fué al colegio. Estudió con aplicación y cuando ya se consideraba lo suficiente preparado para emprender cualquier camino en la lucha por la vida



Hasta en sus momentos de expansión sentimental, Maurice sonríe.

y decidió comenzar su carrera de actor, tropezó con la oposición de su padre.

No se quejó del engaño, sino que decidió dar cima a su empeño, prescindiendo de la ayuda paterna. Pero como era un buen hijo y no quería faltar a la obediencia que debía a su padre, durante el día trabajaba en un escritorio y por las noches asistía a las clases de mímica y declamación que daba un actor muy conocido en su país, Víctor Arnold.

Pronto advirtió éste que el joven Lubitsch tenía inmejorables condiciones para el arte dramático y le recomendó a uno de los principales teatros de Berlín, donde durante dos años no cesó de hacer progresos.

Pero en este tiempo sus aficiones habían sufrido cierta desviación. Le atraía ahora el cinematógrafo y también como artista de la pantalla hizo una rápida carrera, llegando a ser uno de los más famosos de Europa. Trabajando en los estudios, advirtió que la técnica cinematográfica tenía recursos vírgenes que sus directores no sabían ver y decidió probar fortuna en este terreno, obteniendo un éxito enorme con su película "Pasión", cuyos protagonistas fueron Pola Negri y Emil Jannings. Este último trabajaba en el cine por primera vez, de modo que aquél fué su primer paso en el camino que había de conducirle a la cumbre de la gloria cinematográfica.

Después de producir buen número de películas admirables, las empresas de Hollywood se lo lle-

varon y allí realizó ese film formidable que se estrenó en España con el nombre de "El patriota".

Al surgir la película hablada, Lubitsch se dedicó al estudio de su técnica con ahínco y la Paramount le requirió para realizar "El desfile del amor".

A la vista está su triunfo.

—Ahí—termina Chevalier—está el verdadero secreto del éxito sin precedentes de "El desfile del amor".

—¿Sabe usted si prefiere el cine sonoro al mudo?

Chevalier se levanta. Revuelve en el musiquero. De entre las partituras extrae una revista, la hojea y nos señala los párrafos de un artículo.

“La película muda — dice Ernst Lubitsch — es una contradicción de sí misma. Como espectáculo silente sólo logra realizar un objetivo cuando comunica al espectador la sensación de la palabra. Hasta el presente, las mejores películas han sido aquellas que, de una manera u otra, se hacían más expresivas. El diálogo era su fuerte. El objetivo supremo del artista era dar la sensación de que hablaba. Y la película que no lograba comunicar al espectador el calor de la afirmación y la réplica era película muerta.

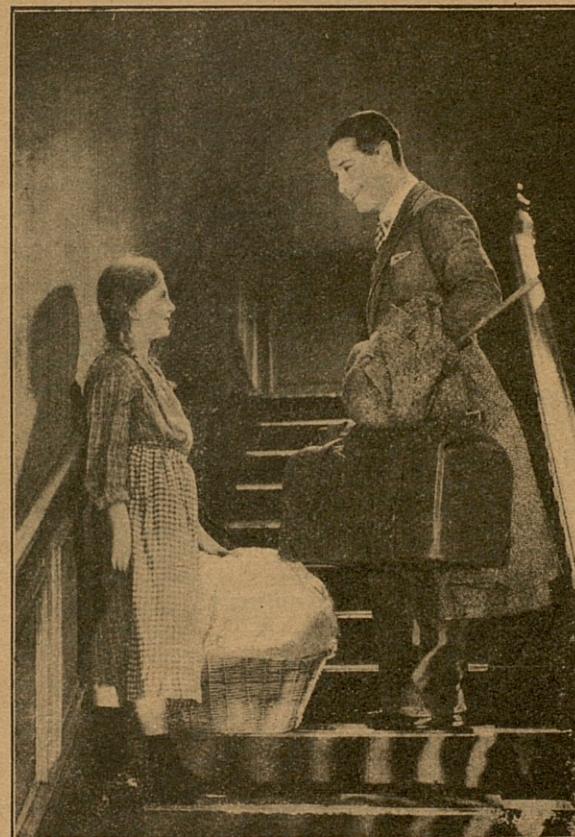
“Teniendo el inconveniente de hacer hablar lo que de por sí era mudo, resultaba difícil crear verdaderas obras de arte. Hoy, por el contrario, la película sonora ha venido a resolver lo que parecía insoluble, y cada película puede ser una obra acabada, un trozo de vida arrancado a la realidad y comunicado al espectador por medio de los sen-

tidos del oído y de la vista. Los artistas y los directores ya no tendrán que *simular* efectos. Los escenarios serán naturales. Los argumentos, verídicos. Al tener expresión artística, la película ha dejado de contradecirse a sí misma."

Devolvemos la revista al gran Chevalier.

—¿Y usted qué dice a eso?—le preguntamos.

—Yo soy un ferviente partidario de la película sonora.



Desde la princesa altiva a la hija de una lavandera, Chevalier prodiga su sonrisa.

Indiscreciones

Al advertir que Ivonne se ha marchado y pensando que, aunque Mauricio nos despida a cajas destempladas, ya tenemos interviú, nos atrevemos a preguntar:

—¿Tiene usted muchas admiradoras?

El dirige una mirada a la puerta del gabinete y responde en voz baja:

—Bastantes. Pero eso haga el favor de no publicarlo.

—Descuide. ¿Y de aventuras?

—Están en proporción.

—¿Con las admiradoras?

—No, con la temperatura.

—Comprendido. La primavera para el *flirt*. El invierno...

—No me ha comprendido. Me refiero a la temperatura personal. A veces el corazón está a veinte sobre cero. Otras está al cero absoluto. Entonces sólo se piensa en abrigarse.

—Hay muchos modos de entrar en calor.

—Pero cuando se tiene frío, lo mejor es una buena estufa y un buen gabán.

—¿Y no llega usted a cansarse de esa idolatría, de esa... abundancia de ofertas?

—¿Se cansa usted de fumar?

—Al contrario. Cuanto más fumo más afición tengo al tabaco.

—Pues aplique el cuento a lo otro.

—¿Cree usted que es igual?

—Igual, no. Muchísimo mejor. ¿Cómo va a compararse una mujer a un puro?

—Algún disgusto habrá tenido usted por esa causa.

—Todo tiene su contra en esta vida.

—¿Puede usted contarme alguna de esas aventuras?

—¡Oh, no!—contesta Chevalier riendo—. Después de lo que cuesta dejar el agua en calma no es cosa de volverla a remover.

—¿Qué le parece a usted la mujer española?

—¡Oh, la mujer española!—exclama con entusiasmo.

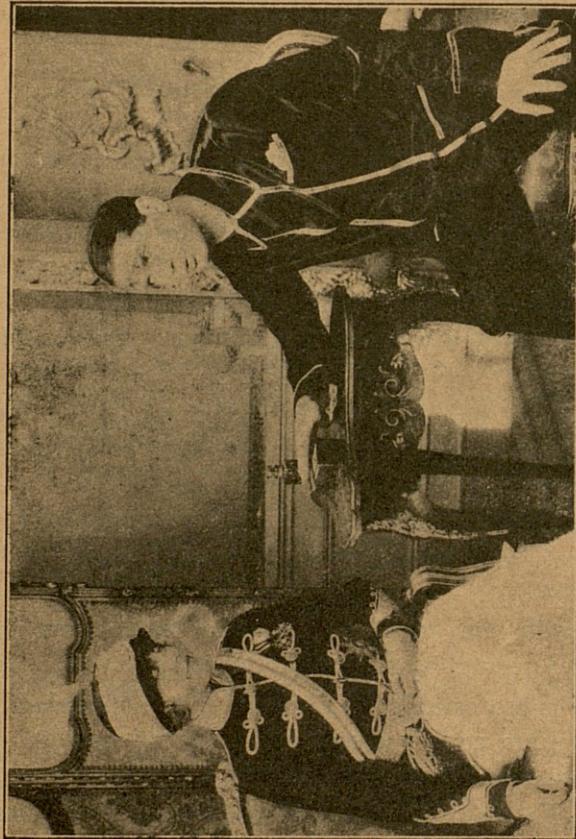
Queda un instante pensativo, como evocando dulces recuerdos. De pronto, reacciona y exclama:

—¡Pero cambiemos el disco! Ya le he dicho que he venido aquí a descansar. Además, supongo que eso quedará entre nosotros.

—No faltaría más—respondemos, llevándonos la mano al pecho.

Y es que, a veces, ¡la vida le obliga a hacer a uno cada papelito!...

—En Barcelona ha tenido un gran éxito “El



Chevalier le dice a la reina que a él nadie le tose... y que él tose cuando quiere.

desfile del amor". Es la película que ha batido el record de las representaciones consecutivas.

—Lo sé y estoy contentísimo. Tengo muchas ganas de dar las gracias personalmente al público barcelonés. No se olvide de decirlo.

—¿Cuándo va a ser eso?

—No puedo fijar fecha. Los contratos me tienen atado de manos y pies. Pero, tan pronto como pueda, haré una escapada. No puede usted figurarse las ganas que tengo de dar una vuelta por la rambla de las Flores a las doce del día y otra por la rambla del Centro a las doce de la noche.

—Y a las siete, a la calle de Aribau, a ver a las modistillas.

—Basta de insinuaciones femeninas—responde rápidamente—. Además, le prohíbo que tome este asunto a chacota. Barcelona ha dejado en mí un recuerdo gratísimo y tengo verdaderos deseos de volverla a ver. Haga el favor de decir que pongan eso con cursiva... Y se acabó la charla, amigo mío. Tengo ya la boca seca de tanto hablar.

—La última pregunta: ¿Cree usted que "El gran charco" tendrá el mismo éxito que "El desfile del amor"?

—Esa pregunta sólo un profeta la podría contestar. Lo único que puedo decirle es que estoy plenamente satisfecho de mi trabajo en esa obra y que en Norteamérica está gustando tanto como "El desfile del amor".

Y, para evitar nuevas preguntas, llama a su esposa.

—Este señor se va, Ivonne. Despídete.

No tenemos más remedio que estrechar la linda mano de madame Chevalier y después la del propio Mauricio, el cual nos conduce después con alegría amabilidad hasta la puerta de la calle.

Han pasado algunos días y todavía resuena en nuestros oídos la risa inimitable del gran simpático.



Yvonne Vallée, esposa de Maurice. Si alguna lectora se siente con fuerzas para rivalizar con ella, que pruebe a quítarselo.

El gran corazón del gran artista

Como final queremos añadir por nuestra cuenta el relato de un hecho que acrecentará la simpatía que el público siente hacia ese artista, hoy de fama universal.

Mauricio Chevalier, a pesar de su encumbramiento, no ha perdido su aire de "garçon" alegre, desenfadado y modesto. Esta última cualidad es innata en el célebre *chansonnier*. Era ya un artista famoso en París, un mimado de la fortuna, un ídolo de las mujeres, el favorito de los públicos de los mejores teatros parisienses y continuaba siendo el amigo cordial y dadivoso de los antiguos compañeros de lucha, que, menos afortunados que él, no habían logrado pasar del principio de la dura pendiente.

Jamás negó un favor a un artista francés, le conociera o no, en los momentos críticos de la difícil carrera.

Estos favores eran a veces entregas de dinero y otras recomendaciones para que dieran trabajo al cesante. ¡Cuántos artistas de los que hoy tienen el

porvenir asegurado le deben a Chevalier el éxito en las tablas!

En Hollywood su fama se extiende por todo el mundo. Y esto se traduce en un considerable aumento de los ingresos, ya crecidos.

Y Chevalier sigue siendo el mismo para sus camaradas.

Esta democracia artística es el secreto de que en Cinelandia se le hayan abierto tan rápida y francamente las puertas de todos los corazones. En Hollywood, lo mismo que en París, deja llegar hasta él al artista humilde y desgraciado y le anima con un abrazo y le ofrece su ayuda material.

El gran amor que Mauricio Chevalier tiene por el arte se amplía en amor hacia el artista, y como, además, es un gran patriota, él, desde Hollywood, no olvida a su París, y con él recuerda a esos amigos necesitados a los que la distancia impide seguir prodigando su protección.

Un día decide resolver esto de algún modo y concibe un generoso proyecto que al regresar a París pone inmediatamente en práctica.

Ha creado una institución para refugio de artistas enfermos o necesitados, con el nombre de "Dispensario Maurice Chevalier".

En él tendrán estrada todos los artistas franceses que hayan llegado a viejos sin poder reunir un capitalito para atender a las necesidades de la vida cuando ya las facultades se agotan con el cuerpo; los enfermos que carecen de recursos; los que por la falta de contratos se encuentran en una situa-



Competencia de sonrisas entre Carmen Boni y Maurice Chevalier.

ción difícil, y todo artista, en fin, que por cualquier causa necesite de esa fundación benéfica.

Bastará una simple comprobación de que el solicitante es artista para que las puertas del "Dis pensaire" se le abran sin interrogatorios ni dilaciones perjudiciales y humillantes.

Así, el gran Mauricio, cuando vuelva a Hollywood, no tendrá en su pensamiento la sombra de que algún amigo de París le necesite.

Y su sonrisa será todo lo franca y alegre que debe ser.

Sólo por esto merecería Mauricio gozar de esa simpatía universal que no le falta desde que "El desfile del amor" ha paseado por todo el mundo su risa y su arte.

Que un artista de su talla no sienta la vanidad del éxito y de la idolatría popular y sea, por el contrario, humilde y sencillo, es un caso de los que hay pocos precedentes y merece publicarse a los cuatro vientos.

Merece publicarse para que sirva de ejemplo a otros hombres afortunados y para que Mauricio reciba por su bondad un homenaje de admiración semejante al que ha recibido ya por su genio.

F I N



—Al primero que se ria, le suelto el perro!

Canciones que ha hecho populares el
mago de la *chansonnette*
MAURICE CHEVALIER

El desfile del amor

PARIS, YO TE AMO...

(Paris, je t'aime d'amour)
(Paris, stay the same)

*¡Oh mi París, la villa ideal
que hoy debo abandonar!
¡Adiós, la bella capital
donde he aprendido a amar!
¡París, yo te amo,
yo te amo, yo te amo!
Como a la amante
más fascinante.
Y aunque muy pronto tú me olvidarás...
Yo tus delicias no podré olvidar jamás...*

*Por las delicias
de las caricias
de tus mujeres.
Por tus placeres...*

*Tuyo, París, es ya mi corazón...
¡París, yo te amo... con pasión!...*

*Más de una linda parisén
mi dicha supo hacer,
tú me has brindado todo bien.
¡París, Ciudad, Mujer!
¡París, yo te amo,
yo te amo, yo te amo!
Por el encanto
tuyo, que es tanto.
Y aunque muy pronto tú me olvidarás...
Yo tus delicias no podré olvidar jamás...*

*Tu fresca brisa,
tu loca risa,
todo en ti convida
a amar la vida.
Tuyo, París, es ya mi corazón.
¡París, yo te amo...
...con pasión!*

DESFILE DE AMOR

(Mon cocktail d'amour)
(My love parade)

*Cuantos amores tuve hasta ayer
hoy reviven en ti;
algo tienes de cada mujer
que amé o conocí.
Eres, así, desfile de amor;
cuanto admiré en ellas es en ti mejor.
Ojos de Lisseta,
boca de Enriqueta,
risa de Antonieta.*



—*Fijense ustedes en la sombra que tiene Chevalier!*

*¡Volvéis a mí!
Tez de Delfina,
voz de Josefina,
la "línea" de Paulina,
¡adoro en ti!
Bello ideal
de mi fiel corazón;
mujer sin igual,
mi "cocktail" de pasión.
Labios de Lucila,
"pose" de Camila,
desfile de amor,
mi bello ideal.*

El gran charco

NOUVEAU BONHEUR

(You brought a new kind of love to me)

I

*Depuis le jour où mon destin
M'a fait vous rencontrer sur mon chemin
Le ciel est pour moi tout nouveau
Les fleurs, les oiseaux, les reflets de l'eau
Sont encore plus beaux.*

Refrán

*Oui, tout est pour moi plus enchanteur
Depuis le jour où dans mon coeur
Vos yeux ont fait naître un nouveau bonheur.*

II

*J'éprouve près de vous trop d'émotion
Pour rester maître de moi.
Je sais, tout nous sépare et pourtant
Je pense à vous tout le temps.*

Refrán

*Oui, tout est pour moi plus enchanteur
Depuis le jour où dans mon coeur
Vos yeux ont fait naître un nouveau bonheur.*

(La traducción literal del anterior cuplé es la siguiente)

*Desde el día en que mi destino
Hizo que te hallara en mi camino,
El cielo es muy distinto para mí.
Las flores, los pájaros, del agua los reflejos
Más bellos son aún.*

Refrán

*Sí, todo es para mí más encantador
Desde el día en que en mi corazón
Tus ojos hicieron nacer una nueva felicidad.*

II

*Siento junto a ti mucha emoción
para dueño poder ser de mí.
Ya sé, todo nos separa, pero
Yo siempre pienso en ti.*



—¡A su salud... y a la mía, querido lector!

Refrán

*Sí, todo es para mí más encantador
Desde el día en que en mi corazón
Tus ojos hicieron nacer una nueva felicidad.*

VENICE CHERIE

(Mia Cara)
(My Dear)

*Sous le soleil
Venice a des yeux sans pareils
Des yeux charmeurs
Aux regards trompeurs.
Mais quand le soir
Lui met son domino noir
Ses yeux ont l'air
Beaucoup plus pervers.*

Refrán

*Je rêve à toi toujours,
Venice chérie
Qui pimente l'amour
De mélancolie.
La nuit me paraît une grande dame
Qu'un bruit de rame
Attire au bal en secret.
Sous ton loup de velours
Qu'argente la lune
Jusqu'à l'heure où renaît le jour.
Tu te laisses glisser au fil des lagunes
Ombre brune
Qui cherche l'amour.*

II

*Tes pigeons blancs
Ont toujours l'air en s'envolant
De billets doux
Fuyant les jaloux.
Dans ton beau ciel
D'un tendre bleu de pastel
Leur bec rosé
A l'air d'un baiser.*
(Traducción literal del anterior cuplé)

VENECIA AMADA

I

*Bajo el sol
Venecia tiene unos ojos sin igual.
Ojos encantadores
De mirar engañador.
Pero cuando la noche
La cubre con su "dominó" negro
Sus ojos parecen
Mucho más perversos.*

Refrán

*Sueño siempre en ti,
Venecia amada,
Que salpicas el amor
De melancolía.
La noche me parece una gran dama,*

*Que un rumor de remo
Atrae al baile en secreto.
Bajo tu antifaz de terciopelo
Que platea la luna
Hasta la hora en que renace el día
Te dejas deslizar sobre los lagos
Sombra morena
Que busca el amor.*

II

*Tus palomas blancas
Parecen siempre, al emprender el vuelo,
Cartas de amor
Huyendo de los celosos.
En tu bello cielo
De un suave azul de pastel
Su pico rosa
Parece un beso.*

Refrán

*Sueño siempre en ti,
Venecia amada,
Que salpicas el amor
De melancolía.
La noche me parece una gran dama,
Que un rumor de remo
Atrae al baile en secreto.
Bajo tu antifaz de terciopelo
Que platea la luna
Hasta la hora en que renace el día
Te dejas deslizar sobre los lagos
Sombra morena
Que busca el amor.*

Han sido puestas a la venta con éxito cada vez mayor, las siguientes novelas de las selectas **Ediciones Especiales**:

Del mismo barro

por Juan Torena y Mona Maris
(1 pta. - 5.^a edición)

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(1 pta. - 3.^a edición)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(1 pta. - 2.^a edición)

Biografía novelada de José Mojica

(50 cts. - 6 ediciones)

Colección de 6 postales de JOSÉ MOJICA

(30 cts. - 2 ediciones)

En breve:

EL PRESIDIO

por José Crespo

EL GRAN CHARCO

por Maurice Chevalier

ROMANCE

por Greta Garbo

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA